Inti: Revista de literatura hispánica

Volume 1 | Number 3 Article 13

1976

La indumentaria folklórica: símbolo del atraso social de Bolivia

Herbert Valdivieso

Citas recomendadas

Valdivieso, Herbert (Abril 1976) "La indumentaria folklórica: símbolo del atraso social de Bolivia," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 3, Article 13.
Available at: http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss3/13

This Artículos Culturales is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized administrator of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact mcaprio1@providence.edu.

LA INDUMENTARIA FOLKLÓRICA SÍMBOLO DEL ATRASO SOCIAL DE BOLIVIA

Herbert Valdivieso

I

Uno de los signos más notorios del atraso social y cultural de Bolivia es el relativo a la vestimenta folklórica que lleva una gran parte de su población. Esto ocurre aproximadamente con el 70 por ciento de la población urbana y rural. Particularmente en la región del altiplano y valles. ¿A qué se debe este fenómeno sui géneris? Investigar las raíces socioeconómicas no es propósito de este artículo. Cabe señalar haciendo consideraciones generales que incluso en el Perú con una masa indígena superior a la boliviana no se da ese fenómeno típico de las ciudades bolivianas caracterizado por la CHOLA. En el Perú entre las clases más bajas y culturalmente retrasadas, sólo se observa lo peculiar, consecuencia de la división del trabajo. El estrato social intermedio, entre el campesino indígena y las capas superiores integradas a la civilización, simbolizado en Bolivia por la chola no existe en Perú. La masa indígena rural con su vestimenta autóctona y típica en parte, se incorpora fácil y directamente a la civilización adoptando sus usos y costumbres.

En Bolivia el carácter de la división de clases es mucho más patético por esta razón folklórica. Existe prácticamente una evolución de sociedades casi sin contacto entre sí, muchas veces hostiles. En este concepto queda implícito cierta marginalidad de ese amplio sector de la sociedad boliviana que lo calificaré en adelante como ESTRATO SOCIAL FOLKLÓRICO; comprendiendo en este término a los conglomera-

dos campesinos, quechuas y aimaras, y sobre todo a ese amplio sector intermedio conocido como cholaje. Acepción que no siempre se refiere al aspecto racial o inter-racial de sus componentes, sino propiamente a rasgos sicológicos y de comportamiento social, a prejuicios sociales profundamente arraigados en nuestro país. Esto por el relativo aislamiento geográfico de Bolivia. Fue la nación sudamericana que menos corrientes migratorias recibió. La sociedad boliviana no obstante es la menos homogénea del continente. Se la podría equiparar únicamente con la India por sus arraigados tabúes y división de castas. Este es uno de los impedimentos más serios que obstruye el desarrollo económico y cultural de Bolivia.

Las barreras sociales patentizadas por el folklórico uniforme de una parte de la población dificultan la comunicabilidad y permeabilidad de ideas en la sociedad. De ahí la apariencia visible en Bolivia de sociedades paralelas en desarrollo. No hablo de "naciones" o "culturas", como se estila hacer, refiriéndose a los conglomerados campesinos quechuas y aimaras y a su influencia "cultural" en la sociedad boliviana. Porque de una parte está un primitivismo folklórico que no puede ser exponente de una cultura o civilización (mucho menos de la incásica); sino tan sólo resultado de la deformación o degeneración de naciones conquistadas que prácticamente no conservan nada de su cultura y tradiciones primigenias. Esta cultura es más bien en parte hegemonía de investigadores y estudiosos que trabajan por desenterrarla.

Los pueblos quechua y aimara quedan forzosamente comprendidos en la acepción de estrato social folklórico, siendo los sectores sociales más atrasados de Bolivia. No obstante este concepto debe ser aplicado sólo en forma limitada.

Luego de la Reforma Agraria, los ingresos de

los campesinos--quechuas y aimaras en su mayoría—de una escala de substancia se han elevado sustancialmente. Su libertad limitada por el pongueaje y otros sistemas semi-feudales se ha ampliado. Anteriormente tenían una vida de parias y se encontraban completamente marginados; no así ahora ya que han sido dadas las bases para su desarrollo social y progreso material. Por este motivo lo tomamos en cuenta como conglomerado humano en evolución. Y al mismo tiempo, señalamos los obstáculos que impiden su plena integración a la sociedad boliviana y a la cultura. Este obstáculo principal lo constituye la clase intermedia o cholaje folklórico propiamente, que por su presión social, le obliga a pasar por esta etapa intermedia, que es la completa negación de los valores culturales de la civilización, a la que el campesino—quechua o aimara--aspira.

Este sector intermedio, colorido y pintoresco, conocido como cholaje, es el más renuente a todo cambio y evolución, en el sentido de aceptación de valores universalmente reconocidos, particularmente el que se refiere a la indumentaria, que es de lo que trato. La chola de las ciudades, anacrónica y folklórica en el sentido negativo de la palabra, impertérrita y terca a todo cambio, simboliza el atraso social de nuestro país y la actitud anticultural de este sector social. Este estrato social es verdaderamente un escollo a la evolución de las mayorías campesinas ya que hace las veces de agente de presión social y sometimiento sicológico. Por esta razón el progreso social y cultural del campesino solamente ha sido en un grado reducido; su integración a la sociedad nacional es lento. Arraigados prejuicios sociales y presiones frenan su evolución.

El indio o campesino del valle y Altiplano tiende a convertirse primeramente, en su lento ascenso social—aceptación de los valores de la civilización--, en esta clase intermedia.

Por la presión y los prejuicios sociales es prácticamente imposible que ocurra un salto de esta etapa innecesaria y negativa. El hombre es más susceptible al cambio, quedando únicamente la mujer que lo ubica en el estrato folklórico. En ella los prejuicios sociales están mucho más arraigados.

Por otra parte el hecho de integrarse significa también aprender un idioma extranjero. Siglos de sometimiento y apocamiento han hecho del aimara y quechua un ser susceptible y rencoroso, también renuente a modificaciones en sus costumbres y hábitos. En su sometimiento al conquistador perdió completamente su legado cultural y también sus virtudes. Fue degradado en la escala humana y obligado muchas veces a hacer el ridículo de su persona delante del conquistador español. Y uno de los aspectos significativos de ello es su actual indumentaria. La vestimenta gitana al principio fue impuesta en la servidumbre indígena por sus amos. La parquedad natural y mesura de esta gente desapareció. La burla y el rencor lo convirtieron en un ser estrafalario y desculturizado. Pretendiendo hacer escarnio primero de las costumbres y atuendos españoles, mediante danzas de disfraces, como escape a su frustración impotente, ellos mismos se convirtieron en objetos histriónicos y cayeron en una degradación mayor. La imitación de atuendos militares o de la pompa de miriñaque, ese es el origen del colorido folklórico de las capas atrasadas de nuestras sociedad. Los amos siempre fomentaron estas manifestaciones folklóricas. (Lo mismo entre los esclavos algodoneros de los Estados Unidos, bananeros en las Antillas o Centro América, cafetaleros en Colombia, Brasil; mitayos en el Alto Perú, etc.)

La necesaria evolución e integración del campesino a la sociedad boliviana será lenta por la presión social. El sometimiento brutal del campesino ha concluido en su aspecto material de

servidumbre y pongueaje; pero aún sigue esclavo de perniciosos prejuicios sociales. Sigue sometido sicológicamente al conquistador extranjero. Se fomenta y aplaude un falso folklorismo. En nombre de una cultura autóctona, se alienta manifestaciones de anticultura y atraso. El barroquismo sobrecargado de las manifestaciones folklóricas de las masas indígenas y grupos intermedios es producto de la degeneración de estos pueblos fomentado en parte por los conquistadores.

La apreciación estética de estos pueblos—quechua y aimara--tendía más bien a la síntesis, a la pureza de la línea casi clásica. Una muestra de ello en arquitectura es Tiawanacu o Cuzco; y en lo referente a la indumentaria está en la sencillez de mantos y atuendos que se conservan en museos. El gusto estético aquilata el grado de desarrollo cultural de un pueblo.

II

Pasaré a considerar algunos aspectos negativos al referido folklorismo indumentario que caracteriza a una gran parte de nuestra población y por ende a la nación misma. Aspectos negativos que influyen en la psicología de estas masas humanas, y otros de índole económico y social.

La confección de esta indumentaria, hasta cierto punto barroca, es complicada y por lo tanto cara y anti económica, si consideramos que la usan sobre todo mujeres pertenecientes a la clase trabajadora. Su precio es considerablemente superior con relación a la normal. Esto sin tomar en cuenta los atavíos propiamente urbanos y festivos en cuya confección se utilizan mayormente telas importadas. Por otra parte dentro de este estrato social colorido existe una verdadera división de clases. Gente de este sector posee enormes recursos económicos: casas de renta, hoteles, negocios, pe-

queñas fábricas. Lo cual en una sociedad homogénea los ubicaría de hecho dentro de la burguesía o pequeña-burguesía. Únicamente por sus arraigados prejuicios sociales quedan circunscritos en este medio. Constituyen propiamente la base económica del folklorismo vivo de nuestras ciudades, financiando fiestas religioso-paganas, presteríos, etc. Su ansia de superación social frenada por los prejuicios está demostrada en la búsqueda de una mejor educación para sus hijos. Las mujeres ya adoptan la indumentaria normal e ingresan a escuelas y colegios religiosos privados. Esta es una prueba elocuente de un reconocimiento y renuncia a una posición falsa, a un ambiente social artificial superado, del cual reniegan tímidamente; y sólo por la presión social negativa se ven obligadas a cohabitar, esta presión social o prejuicios sociales constituyen en sí un factor intrínseco; en otras palabras, el alma colectiva de estos grupos. Por esta razón toda rebelión individual los condena a un ostracismo social. Este sector de mayor poder adquisitivo es la clientela de comerciantes judíos y árabes que les suministran telas chillonas y llamativas en una gran parte importadas.

No existe en Bolivia propiamente discriminación racial o social, pero la presión sicológica es tal que la mujer de este estrato social folklórico, está marginada de un sinnúmero de actividades. Solamente una acción coercitiva de arriba la ayudaría a superar estos prejuicios que la marginan. Y esto significa cambio en sus costumbres y hábitos indumentarios, para integrarla completamente a la sociedad. Por lenta evolución seguramente se llegará a este mismo resultado en unos cien o más años. Porque esta evolución depende de factores sociales positivos, de comunicabilidad y permeabilidad de ideas; cosa que no existe en nuestra sociedad, por factores como los señalados.

Sin tomar en cuenta la división de la sociedad consecuencia de la división del trabajo social, es decir la situación que ocupa el individuo económicamente, estos perniciosos prejuicios profundamente arraigados en nuestro pueblo, dividen artificialmente la sociedad boliviana, y traban al mismo tiempo su desarrollo económico y progreso espiritual.

El criterio de que el simple progreso material traería los cambios esperados en las costumbres y hábitos, no toma en cuenta ese factor e influencia dinamizadora de las capas superiores, en este caso, sobre los sectores atrasados y remanentes de nuestra sociedad. No solamente la educación y persuación será suficiente para arrancar a estos estratos sociales estancados, de su actitud anti-cultural; sino se hará imprescindible la coerción. La labor civilizadora es una faena perenne. Hay que reconocer que nuestro país es el menos civilizado de Sudamérica, por la existencia de estos estratos casi primitivos.

La supresión por persuación y coerción de la indumentaria folklórica, como uno de los símbolos más elocuentes de la anticultura, traería también por consecuencia el ensanchamiento del mercado para la producción nacional textil. Inevitablemente serían perjudicados en forma pasajera los sectores que comercian con estos productos; ya que tendrían que cambiar simplemente a las modalidades normales, civilizadas, de confección indumentaria. Por otra parte se verían compensados porque los estilos folklóricos son estacionarios. Un cambio de este sector popular multitudinario, atrayéndolo e integrándolo a las veleidades del estilo moderno originaría un mayor consumo y una intensificación manufacturera y comercial.

La división del trabajo impuesta por los españoles en la Colonia, obligando a los nativos a realizar los trabajos más duros, reservándose actividades de administración y dire-

cción, es uno de los factores que todavía influencian en el comportamiento social de una gran parte de nuestra población, contribuyendo al mantenimiento de estas señales negativas de atraso. Ciertos trabajos solo pueden ser llevados a cabo por una clase determinada. En nuestro país caracterizada por la indumentaria folklórica de la mujer. Trabajos manuales en las minas y mercados, y otra índole de actividades que requieren esfuerzo físico.

Algunas veces ocurre que mujeres pertenecientes a la clase social más evolucionada e integrada propiamente a la sociedad moderna, para hacer estas faenas tengan que adoptar asimismo la indumentaria folklórica, por la presión del medio y prejuicios. El cambio en la indumentaria en estos sectores entraña automáticamente una variación en su situación social; rituales pintorescos que indican una anomalía en nuestra sociedad. Viendo en su conjunto estas típicas actitudes se constituyen en verdaderas trabas en el funcionamiento normal de la sociedad. Este aspecto negativo se refiere solamente a la región del Altiplano y valles de Bolivia. En la región oriental la presión social del medio y el clima tropical obliga a los habitantes del valle y Altiplano que se trasladan a esas regiones a integrarse totalmente. Allá la presión social es positiva. Consiste en la persuación de una sociedad abierta y accesible, sin los prejuicios propios de la zona occidental, donde existen hasta intereses económicos en mantener esta división artificial.

Otra de las razones para que en Bolivia todavía persista este sector remanente y atrasado culturalmente, ha sido la preeminencia económica y política de la región occidental, valles y Altiplano boliviano, sobre el resto del país. Estas regiones geográficas con una enorme masa indígena quechua y aimara, y el mal entendido fomento de "valores vernaculares" de

sus clases dirigentes ha sido un factor determinante del atraso social de toda esta región de Bolivia. En el Perú ocurrió todo lo contrario. La costa integrada a la civilización y respetuosa de los valores culturales tradicionales, dominó y llevó el rol de todo el país. Esa es la razón de que las mayorías quechuas se incorporan más fácilmente a la civilización, aceptando sus valores culturales. En el Perú el indígena no está obligado a pasar por la colorida face intermedia boliviana. El indígena que emigra a las ciudades se adapta completamente a los nuevos usos y costumbres de buen grado y es un ciudadano más. Las ciudades peruanas no tienen el folklórico colorido que señala a nuestro país como típico y pintoresco.

O

Será necesaria una labor de coerción para cambiar los hábitos y costumbres de este denominado estrato folklórico. Existen antecedentes históricos en que los gobiernos realizaron estas medidas--cambios radicales en las costumbres indumentarias—por imposición de decretos, casi siempre con resultados positivos. En Turquía, durante la etapa inicial de su revolución se prohibió el uso del fez y otros atuendos; en Argelia y otras naciones árabes, los velos en las mujeres. Y más antiguamente en Grecia y Roma, aunque con fines diferentes. En algunos casos estos cambios más bien tenían el objeto de señalar el rango o calidad de esclavo. En la India la labor de persuación de sus clases culturalmente adelantadas, en su lucha contra la humillante diferencia de castas es también un ejemplo. Allá este problema es mucho más complejo ya que no sólo intervienen factores culturales, económicos o raciales; sino prejuicios religiosos. En nuestro país sólo es un problema social y cultural. En Bolivia se intentó realizar una reforma en este sentido, comprendiendo lo negativo de esta

artificial división de la sociedad, lográndolo en parte, por la oposición de oligarquías que dominaban económicamente la nación. Era una posición idealista la que impulsó aquella medida, que ignoraba completamente el factor económico. Después de la revolución de 1952 fueron dadas las bases económicas para el cambio. Pero no obstante se pasó por alto este aspecto necesario a la integración social de esas grandes mayorías campesinas y urbanas. Bolivia por esta razón es considerada un país pintoresco y folklórico en el sentido negativo de la palabra.

No niego lo positivo de un folklore depurado para consumo de turistas. Un ejemplo es el folklore artístico cultivado en el Perú. Asimismo en el Africa donde se dan grandiosos espectáculos de este tipo. Pero ello no significa que estos pueblos anden en las calles con plumas. Las plumas, las pinturas o caretas y aros en las narices pertenecen al pasado. Las señales de primitivismo han sido superadas. El folklore es parte del pasado. Tener un rico folklore no nos obliga a ser un país folklórico. El espectáculo vivo que se dá cuotidianamente en las calles es un signo de atraso cultural. Es necesario que barramos de las calles este folklórico colorido, y lo convirtamos en un espectáculo raro para turistas. Hay que cultivar lo estéticamente aceptable y desterrar manifestaciones de primitivismo.

La Paz, junio de 1974.